

PERSPECTIVAS METODOLÓGICAS DE ANÁLISIS DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES *

Rodrigo Hernán Torrejano Vargas**
Corporación Universitaria Republicana

RESUMEN

El artículo escruta de manera sucinta, esquemática y general los rasgos sobresalientes de dos grandes y complejos paradigmas teóricos usados en la investigación de las acciones sociales: el colectivismo metodológico y, particularmente, el individualismo metodológico, sin que sea una reflexión acerca de la conveniencia metodológica del empleo de uno u de otro en el campo de la Historia o las bondades e insuficiencias de cada uno de esos enfoques. La caracterización de las dos tendencias teóricas constituye el marco de referencia de la investigación que actualmente se adelanta sobre la protesta social ocurrida en Colombia durante el lapso de la primera parte de la república liberal comprendida entre 1930 y 1938, bajo la presidencia de Enrique Olaya Herrera (1930-1934) y Alfonso López Pumarejo (1934-1938) respectivamente.

Palabras clave: acción social, movimiento social, individualismo metodológico, colectivismo metodológico.

ABSTRACT

The article scrutinizes in a succinct, schematic and general way the excellent features of two big and complex theoretical paradigms used in the investigation of the social actions: the methodological collectivism and, particularly, the methodological individualism, without it is a reflection over the methodological convenience of the employment of one and / or of other one in the field of the History or the kindness and insufficiencies of each one of these approaches. The characterization of both theoretical trends constitutes the frame of reference of the investigation that nowadays goes forward on the social protest happened in Colombia during the first part of the liberal republic between 1930 and 1938, under the presidency of Enrique Olaya Herrera (1930-1934) and Alfonso López Pumarejo (1934-1938) respectively.

Key words: social action, social movement, methodological individualism, methodological collectivism.

Recepción del artículo: 30 de abril de 2009. Aprobación del artículo: 2 de mayo de 2009.

* Este artículo es producto de la investigación terminada: "La protesta social en Colombia durante la república liberal (1930-1946)" que adelanta el Grupo de Investigación Derecho, Sociedad y Desarrollo de la Corporación Universitaria Republicana. Línea Derecho Laboral y seguridad social.

** Licenciado en Ciencias Sociales, Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Magíster en Historia, Universidad Externado de Colombia. Docente asociado Universidad Jorge Tadeo Lozano. Docente investigador Corporación Universitaria Republicana. Integrante del Grupo Derecho, Sociedad y Desarrollo, registrado en Colciencias.

INTRODUCCIÓN

“Cualquier elección y cualquiera disposición de los hechos pertenecientes a un gran sector de la historia, historia local o mundial, historia de una raza o de una clase, se halla controlada inexorablemente por un sistema de referencia en la mente de quien selecciona o recopila esos hechos. Este sistema de referencia contiene todo lo que se juzga necesario, posible y deseable. Puede ser amplio, fundarse en las informaciones de un conocimiento profundo y estar ilustrado por una dilatada experiencia; aunque también puede ser restringido, estar mal informado y mal ilustrado. Puede consistir en una amplia concepción de la historia o en una simple compilación de puntos de vista confusos. Pero en todo caso está inexorablemente arraigado en la mente”

Adam Schaff

El estudio y análisis de las distintas expresiones sociales de inconformismo registradas a lo largo de los diferentes períodos de la historia de Colombia son una pieza del entramado acontecimental y factual que forma parte de la estructura social, ideológica, política y económica de una nación y de esa nación en el mundo. Son piezas de una compleja red que viene esperando la acción meditada que permita proyectarlas holísticamente integrándolas al devenir de la sociedad, para dejarlas de ver como piezas sueltas que deambulan sin una suerte de rumbo o destino.

Las expresiones sociales de inconformismo revelan parte de las angustias, zozobras, ambiciones, descontentos, desazones, ansiedades, frustraciones y esperanzas que acechan y experimentan diversos grupos sociales en un momento dado frente a una serie de situaciones, fenómenos, circunstancias, incidentes y eventos desencadenados por comportamientos específicos acometidos por fuentes institucionales privadas y públicas que lesionan, lastiman, golpean y vulneran intereses, activos materiales e inmateriales, prebendas y derechos establecidos, así como las expectativas tejidas alrededor de posibles cambios o transformaciones del entorno material y cultural de los protagonistas sociales.

Las expresiones sociales de inconformismo conducen la ira, el disgusto, la irritación y la cólera de los grupos sociales a través de disímiles canales, a veces sosegados, serenos y pausados, otras con ímpetu, frenesí y furia tras una intrincada mezcla de factores colectivos, estructurales, individuales y psicológicos que las encauzan por senderos de negociación o desafío que fracturan o erosionan la estabilidad social e institucional. Esos canales desfogon el descontento mediante acciones sociales de naturaleza heterogénea: el mitin, la manifestación, la concentración, la asonada, la reyerta, la huelga laboral y la huelga de hambre dejan registros indelebles o cicatrices en la epidermis social de una época, que saltan al escenario envueltos en episodios coyunturales, esporádicos y efímeros o en eventos de mediana y larga duración que involucran una formidable o por lo menos mínima base organizativa que los diseña, programa, catapulta y sostiene en el tiempo en busca de sus anhelos.

¿Cuál es la perspectiva teórica y metodológica más apropiada e idónea para escudriñar los aspectos visibles y soterrados de las expresiones sociales de inconformismo materializadas a través de esa serie dispar de acciones sociales? La lectura y la exploración de los acontecimientos vinculados con las expresiones sociales de inconformismo vienen siendo abordadas desde dos ópticas teóricas y conceptuales situadas en polos opuestos del espectro académico: el colectivismo metodológico por una parte y el individualismo metodológico por otra, aunque se dejan oír voces que manifiestan que una y otra tendencia, lejos de ser polos opuestos e irreconciliables, son fuerzas complementarias que ensanchan el horizonte fenomenológico y abren brechas inéditas de interpretación y caracterización.

Los investigadores sociales “matriculados” en el colectivismo metodológico, concepto calificativo bastante amplio y ambiguo, aunque de uso bastante generalizado hoy día, encierra varias vertientes teóricas (el mar-

xismo es una de ellas) y apunta hacia la exploración de los factores estructurales/colectivos de tipo social, económico y político que juegan en la dinámica del inconformismo grupal, mientras que los escritores registrados en la línea del individualismo metodológico, concepto que arrastra el mismo lastre de amplitud y ambigüedad que el colectivismo, también contiene varias vertientes teóricas: a) la disponibilidad de recursos, b) el enfoque cultural y c) la estructura de oportunidades políticas, otean hacia el examen de las variables personales/individuales de carácter psicológico y cultural que ronda a los individuos partícipes en las acciones sociales, aunque la vertiente de la estructura de oportunidades políticas (EOP) adquiere notable grado de notoriedad porque subraya, como su mismo nombre lo indica, el valor y el peso de los elementos estructurales y coyunturales, sobre todo de índole político e ideológico en la eclosión de las acciones sociales colectivas. Estos y otros asuntos conceptuales son los ejes sobre los cuales gira la temática que se abordará a continuación.

¿QUÉ ES UNA ACCIÓN SOCIAL?

El concepto acción social se refiere a las maniobras colectivas emprendidas por diferentes grupos sociales con el ánimo de modificar el comportamiento de otros (Archila, 2005: 74). Así mismo, el concepto viene acompañado de dos conceptos complementarios, a la vez independientes pero emparentados: **protesta social y movimiento social**. El primero tiene que ver con los episodios coyunturales o esporádicos que carecen de continuidad, articulación y sistematización, eventos que soportan la falta de permanencia y expresión organizativa, expresiones de descontento muy puntuales acometidas por una extraordinaria gama de sectores sociales encaminadas a poner de presente de manera rápida, oportuna y contundente el malestar colectivo generado por las acciones u omisiones de instituciones públicas o privadas de la más diversa naturaleza, entre

otras razones, que se desvanecen con la misma celeridad con la que afloraron, por lo que a la postre casi nunca media una respuesta precisa a las demandas enarboladas por los inconformes por parte de los grupos sociales o instituciones que fueron el blanco del enojo colectivo. El segundo concepto viene relacionado con las acciones sociales colectivas permanentes que suponen cierta continuidad en el tiempo y tienden a ser propositivas, orientadas a enfrentar condiciones de desigualdad, exclusión o injusticia (Ibíd: 75). La diferencia entre los dos conceptos también coloca sobre la mesa el tema de los estadios o niveles entre los cuales se mueve la acción social colectiva, dada por los aspectos a partir de los cuales se estableció la diferencia entre una y otra acción: la organización, la duración, los objetivos y algo que hasta ahora no se había mencionado, la cobertura geográfica.

De una parte el estadio inicial de inconformismo, la protesta, desfogada abruptamente, sin ninguna regularidad, sin contacto con algún tipo de célula organizativa o grupo líder, alejada de cualquier clase de proyección grupal o representación asociativa, de vida muy efímera, moviéndose en un plano temporal muy reducido, por lo regular de menos de tres días y localizado en límite del punto de origen, sin que tenga conexión con otros grupos sociales del territorio nacional que guarden antipatía por los mismos móviles. De otra, un estadio final de inconformismo, el movimiento, canalizado mediante un grupo líder que le imprime un carácter orgánico, formula la plataforma de lucha reivindicativa, diseña tácticas de combate social, educa políticamente a sus integrantes, enfocándose en un espectro temporal de larga duración o aliento para tratar de acceder a sus demandas y que va detrás de la ruptura de los fraccionamientos geográficos que impiden darle una proyección nacional a las acciones.

En opinión del investigador colombiano del CINEP, el sacerdote jesuita Mauricio García Durán, el concepto de movimiento social no

tiene nada que ver con episodios reactivos aislados, así se esté de por medio un esfuerzo grupal. Es indispensable que exista un número significativo de gente buscando lograr un resultado en la arena política, pero lo que resulta mucho más atractivo de la propuesta conceptual de Mauricio García es la existencia de lo que podría denominarse episodios empíricos que posibilitan la producción de acciones que coronen el estadio del movimiento: la estructura de movilización y las oportunidades políticas, que no son más, desde una perspectiva teórica, que dos componentes adicionales del concepto de movimiento social propiamente dicho (García Durán, 2003: 29-31). En el caso de la estructura es la presencia de grupos, que como se anotó unos renglones atrás, no dejen a la deriva ni fenecer el inconformismo sin alcanzar productos tangibles de los hombres y organizaciones que reciben sus demandas. En el caso de las oportunidades políticas son las circunstancias históricas que se ofrecen o conquistan para ganar el apoyo de diferentes sectores de la sociedad; por eso, en palabras del autor citado, las oportunidades políticas evolucionan dependiendo de *“la interacción, tanto positiva como negativa, con la opinión pública, los partidos políticos y el gobierno”* (Ibíd. 30). Por lo anotado, me atrevería a pensar que el resultado final de los elementos empíricos y abstractos del concepto de movimiento social es la visibilidad que adquieren los grupos sociales en un espacio y tiempo determinado, tanto que convocan a otros sectores de la comunidad y alcanzan protagonismo institucional, hasta el punto de conquistar desempeños tangibles inmediatos por cuenta de las instituciones públicas y/o privadas que fueron el blanco de sus acciones. Eso se pone de presente con una clase particular de movimiento social que eclosionó en Colombia durante la década del ochenta del siglo pasado, el movimiento social por la paz, en medio de esa terrible dinámica de violencia precipitada por grupos paramilitares, guerrilleros y el propio ejército. Para citar entre los primeros estallidos de protesta que conforman el movimiento social por la paz, la gigantesca y multitudinaria marcha

de seis mil campesinos hacia Remedios (Antioquia) entre el 22 y el 31 de marzo de 1984, denunciando la matanza de campesinos; la movilización de 800 campesinos hacia Barrancabermeja (Santander) entre el 27 de enero y el 10 de febrero de 1984 para denunciar la represión del ejército y matanzas a manos de paramilitares; la toma del municipio antioqueño del Bagre iniciada el 19 de agosto de 1984 por parte de mil campesinos, a la que se suman unos pocos días después otros sectores sociales como los barequeros o mineros artesanales, ocupando la Iglesia, la escuela y el colegio, hasta que el 25 de agosto se firma un acuerdo con el gobierno de Antioquia, y el paro cívico del 24 de febrero de 1985, cuando alrededor de 18.000 personas marchan hacia la cabecera municipal de El Bagre y Zaragoza denunciando el incumplimiento del acuerdo firmado en agosto del año anterior (Rodríguez Solano y García, 1988: 78-82).

A la hora de anotar que son estadios de la acción social colectiva o etapas consecutivas de la evolución del inconformismo social, estoy lejos de sugerir que siempre tenga lugar dicha evolución, para que al final todas las protestas verificadas concluyan en un movimiento social de incalculables proporciones o algo por el estilo. No, por el contrario, es sumamente frecuente tropezarse con protestas que nunca maduran o dejan su estado inicial de crisálida para diluirse en el tiempo y el espacio sin dejar descendencia. Ejemplos dicentes y esclarecedores de las protestas que tomaron la senda del movimiento social dejando descendencia y un registro indeleble en la memoria del país fueron las efectuadas por los grupos sociales asalariados y campesinos bajo la tutela de los sindicatos y las ligas respectivamente, sin desconocer los destacados esfuerzos organizativos de los estudiantes y los inquilinos. Pero sin ninguna duda el premio mayor se lo llevaron los sindicatos y las federaciones sindicales, convocando una merecida y sobrada atención por cuenta de los partidos políticos tradicionales, los partidos de oposición emergentes, gremios

económicos, el Estado y la academia. Historiadores y sociólogos dedicaron tiempo y energía desde fines de la década del sesenta del siglo XX para develar la etiología, la teleología y las condiciones estructurales materiales del inconformismo de la clase social asalariada urbana y rural, dejando a la deriva el conocimiento de la problemática experimentada por otros grupos sociales hasta los años ochenta, cuando un destacado equipo de analistas sociales abandona la investigación del inconformismo social centrada en los avatares de los trabajadores asalariados y campesinos en lucha por la tierra. Me refiero a gente como: Mauricio Archila, Mauricio García Durán, William García, Leopoldo Munera, Jaime Carrillo, Laureano Coral Quintero, Pedro Cortés, Martha Cecilia García, Rocío Londoño, Ana Rodríguez Solano, Libardo Vargas, Jaime Rodríguez, etc., con la producción de artículos y libros patrocinados por alguna universidad, a veces una fundación, en otras el Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP).

Lo cierto es que la percepción dinámica del inconformismo social a la luz de etapas evolutivas dista de ser un paradigma teórico de reciente acuñación. El paso evolutivo por etapas fue uno de los grandes temas que traspasó, por ejemplo, al célebre filósofo griego Platón (427-347 a. C.), ponente de las formas de gobierno como etapas de la evolución humana. En su opinión *"hay cinco formas de gobierno: una buena –que se llama reino, si manda uno, o aristocracia, cuando son muchos– y cuatro malas, que se escalonan y suceden a través de unos procesos que no siempre aparecen claros...las cuatro formas malas son: la timocracia...la oligarquía...la democracia..., y finalmente, surgiendo como algo natural de la evolución del régimen democrático, la tiranía..."* (Fontana, 1882: 23-24). Muchos años después, disculparán el atrevido salto temporal, todo con el pretexto de acoger una referencia teórica más de la evolución por etapas, el pensador inglés Thomas Hobbes (1588-1679), desde una perspectiva racionalista y naturalista, propone el tránsito humano entre el estadio salvaje y el estadio civilizado, así

nunca haya podido establecer los lugares, la época y los avatares de dicha transformación, es decir, así nunca haya explicado históricamente la transición entre los dos estadios. Unos pocos años después, ya en el siglo XVIII, ese mismo anhelo de continuar la explicación del funcionamiento de la sociedad bajo la brillante luz de la evolución por etapas toca la puerta del académico liberal y romántico suizo Juan Jacobo Rousseau (1712-1778), amigo de las mismas fases postuladas por Hobbes: el estadio de naturaleza y el estadio social, tránsito precipitado por la celebración de un pacto social entre individuos libres e iguales, en vista de que en el primer estadio, aunque él utiliza el concepto estado, llega cierto momento crítico en el que queda en entredicho la conservación del género humano si no cambia su manera de ser (Rousseau, 1996: 20). Esta propuesta teórica, al igual que la expuesta por Hobbes, es imposible de descifrar cronológicamente, o sea, es inverosímil encontrar evidencias empíricas temporales de la ocurrencia de dicha evolución; por eso, en su lugar, menciona que esos niveles evolutivos políticos son la concreción de la presencia de dos clases de libertad individual: la natural, compañera de la etapa salvaje y la convencional o civil, compañera de la etapa social. Otro más que cayó rendido ante los encantos de la teoría de los estadios evolutivos fue un contemporáneo de Rousseau, el filósofo y economista liberal escocés Adam Smith (1723-1790), pero a diferencia de su par ginebrino y del filósofo griego Platón, concibió las etapas desde una perspectiva económica consecutiva, a saber: caza, pastoreo, agricultura y comercio, cada una un modo de subsistencia que va de la mano con ciertas ideas e instituciones (Ibíd.: 83-91). Finalmente, no puede pasarse por alto el aporte del materialismo histórico edificado por el binomio germánico compuesto por Carlos Marx (1818-1883) y Federico Engels (1820-1895), quienes definen las etapas por las relaciones entre los hombres y arriban al concepto de modo de producción, esquema general de interpretación histórica (Ibíd.: 143-144). Obviamente, la referencia teórica e histórica planteada en los anteriores ren-

glones tiene una proyección macro porque se trata de los grandes cambios experimentados por la sociedad en el tiempo, mientras que en el ensayo la pertinencia corre por cuenta de las vicisitudes de dos facetas de la acción social, un ámbito, a su vez, del complejo orden social; por lo tanto, estamos en presencia de la aplicación metodológica de un concepto complejo en un terreno limitado de la historia.

¿QUÉ SON FORMAS DE ACCIÓN SOCIAL?

Otro concepto básico en la investigación del inconformismo social son **las formas** que adopta la protesta social en un período determinado de la historia, cuestión estudiada desde una perspectiva historiográfica por el investigador francés George Rudé para la transición al capitalismo en Inglaterra y Francia durante los siglos XVII y XVIII. El concepto es entendido como las diferentes modalidades y tonalidades adoptadas por el inconformismo colectivo para atraer la atención y tratar de encontrarle una salida óptima, ágil y apropiada a las demandas y peticiones del grupo involucrado, algunas ocasiones en tono pacífico, reposado y sosegado: el mitin, la manifestación, el memorial, la huelga de hambre; otras con vehemencia, ímpetu y frenesí entre las que cabe anotar la revuelta, la asonada y la reyerta. Este concepto: formas o modalidades del inconformismo social colectivo, facilita el seguimiento de las acciones sociales con el objetivo de detectar la o las formas típicas de protesta de una etapa del pasado, tal como lo hizo George Rudé al considerar la revuelta del hambre como la forma de protesta típica del mundo rural preindustrial y la huelga como la forma típica del mundo industrial (Rude, 1979: 11-24).

Una precisión conceptual adicional viene por el lado de anotar que el análisis de las acciones sociales no solo incluye los problemas que afectan a las clases subalternas o que la investigación esté pensada en términos de la pro-

testa popular (Vega, V1, 2002: 36), también abarca los inconvenientes que inquietan a otros grupos sociales que están por fuera del forcejeo socioeconómico laboral o la pugna por la propiedad de la tierra, toma en cuenta, entre otras situaciones, empresarios preocupados por la desidia estatal para combatir el contrabando o los incrementos descontrolados en el arriendo de los locales; las huelgas estudiantiles universitarias partidarias de una reforma administrativa y política que les dé acceso al consejo directivo; los paros estudiantiles escolares en colegios de secundaria exigiendo justicia social y cambio de profesores o las manifestaciones nacionalistas multclasistas escenificadas en varias latitudes de la geografía nacional ante los gestos y actos violatorios de la soberanía nacional, etc. La principal razón para abrir el horizonte social de los involucrados en los episodios de inconformismo radica en la *“necesidad de proyectar la acción social colectiva más allá del estrecho marco reivindicativo y de las demandas estrictamente materiales”* (Archila, 2005: 73). Dicho de otra manera, el examen del comportamiento social de grupos por fuera de las clases subalternas contribuye a dibujar un mapa más detallado de los grandes rasgos del relieve social esculpido por fuerzas ajenas al conflicto de la lucha de clases o la confrontación bipolar entre el capital y el trabajo.

EL COLECTIVISMO METODOLÓGICO

Es, grosso modo, un modelo cognoscitivo interactivo en el que el investigador no es un agente pasivo, contemplativo o receptivo dedicado al registro de fenómenos sociales pasados. El rol desempeñado es activo y el objeto de estudio es intervenido sin que este pierda su existencia objetiva, por lo que ocurre un proceso subjetivo-objetivo, donde el calificativo subjetivo indica que es una interpretación de los acontecimientos formalizada por el sujeto cognoscente modelado por las relaciones sociales de cierta estructura histórica, nunca estimando el objeto de estudio como su producción personal

(Schaff, 1974: 84-93). Configuración que coloca el paradigma teórico en el terreno de un enfoque metodológico colectivo en el que la atención la acaparan las estructuras sociales, consecuente con el axioma de que el ser social determina la conciencia social o que las condiciones materiales son imprescindibles para entender y explicar las relaciones sociales, políticas, jurídicas y culturales, pues estas relaciones no se explican por sí mismas (Fontana, 1982: 141). Enfoque que permite el empleo de conceptos como: lucha de clases, clases sociales, burguesía, clase obrera, etc., y visualizar el funcionamiento social desde la perspectiva de una influencia y condicionamiento general desplegado sobre todos los hombres por la entidad macro a la cual pertenece, en la que se desenvuelve, sea o de manera adaptativa o contestataria y de la cual es producto. El hombre es fruto de su época y para eso el materialismo histórico puso a disposición el concepto de modo de producción. Precisamente, bajo la tutela del materialismo histórico fueron escritos una serie de trabajos entre las décadas del setenta y el ochenta que pensaron las acciones sociales populares en el marco de la lucha de clase del proletariado y el campesinado, aunque también es cierto que en los años noventa y en lo que va corrido del siglo XXI, podemos encontrar libros escritos con mucho rigor dentro de esta perspectiva teórica¹.

El colectivismo metodológico exalta y se vale del estructuralismo, que para Foucault ocurre cuando “*se estudia un sistema transformable y las condiciones en las cuales se efectúan dichas transformaciones*” (Foucault, 2003: 14). Este tipo de análisis le presta bastante atención a los conceptos de estructura, transformación y revolución. Estructura es un concepto neurálgico de carácter macro que ordena, deli-

mita, circunscribe y define los aspectos internos característicos o típicos de una sociedad en el tiempo, así como las relaciones entre ellos, generando un producto social específico y único que adquiere una fisonomía peculiar que lo distingue y diferencia. Es decir, un producto social económico y político con un fondo constitutivo único, inimitable, inconfundible, irreplicable y propio que tiene la capacidad de articular o integrar los factores o variables que lo conforman de diversas maneras y propiciar la formación de dispares grafías de presentación de la estructura; eso por lo menos es lo que nos plantea el historiador inglés Perry Anderson cuando establece un contraste entre modo de producción y formación social para marcar la diferencia entre estructura en sí o en su presentación más limpia, pura o clásica y las singularidades o tipicidades que adopta la estructura en varias latitudes durante un rango flexible y relativo de tiempo (Anderson, 1982). Para F. Boas, pionero de la etnología estructural, citado por Foucault, la estructura son las relaciones internas que definen la especificidad de las sociedades humanas (Foucault, 2003: 9-10). Los conceptos transformación y revolución van íntimamente ligados, son interdependientes, afirman el constante, inagotable, inmutable, inalterable y perenne estado de cambio en el que permanece la sociedad; cambio que no siempre es progresivo, cancino, armónico o libre de estremecimientos y conmociones, existen discontinuidades e irrupciones, punto de vista que es una diatriba académica contra las orientaciones biológicas y evolucionistas que asumen las modificaciones sociales como un proceso natural que contiene un ritmo único libre de cualquier modificación externa que hace que los cambios lleguen a su debido tiempo, en el momento dispuesto por la misma evolución, por lo que únicamente resta ponerse a esperar

1 Ver VEGA CANTOR, Renán y AGUILERA PEÑA, Mario. *Ideal democrático y revuelta popular*, Bogotá, Fondo editorial María Cano, 1991. VEGA CANTOR, Renán. *Gente muy rebelde 4v*, Bogotá, Ediciones Pensamiento Crítico, 2002. SOWELL, David. *Artesanos y política en Bogotá*, Bogotá, Ediciones Pensamiento Crítico, 2006.

con paciencia que la metamorfosis ocurra. Para los estructuralistas el cambio implica discontinuidades o fracturas propiciadas por eventos revolucionarios que precipitan la claudicación o rendición de una estructura caduca. Igualmente, los estructuralistas condenan del modelo evolucionista la concepción sucesiva o lineal del tiempo al suponer que una sociedad va detrás de otra apenas la primera haya dejado espacio para la segunda; no conciben la existencia simultánea de varias estructuras sociales.

El materialismo histórico y el estructuralismo o el colectivismo metodológico, en opinión del investigador Martín Tanaka, son paradigmas que asumen *“la existencia de entidades supra individuales que están por encima del individuo y que son más importantes en el momento de la explicación de los fenómenos sociales. Estas entidades han sido el sistema social, para el funcionalismo estructural, y las clases sociales, para el marxismo estructural...”* (Tanaka, 1995: 3). Pero estas corrientes teóricas, estima Tanaka, no copan todas las expectativas recientes sobre la visión y la comprensión de las múltiples aristas o dimensiones de la totalidad de un fenómeno social, en vista de que no le dan la importancia requerida al semblante individual o al despliegue de factores emocionales, culturales, de relación costo-beneficio y preferencias que se hundan en el más íntimo ámbito personal, lo cual también resulta evidente para un grupo de investigadores colombianos aglutinados entorno del Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) encabezado por Mauricio Archila y Mauricio García Durán, quienes están de acuerdo en considerar que el pequeño mundo del individuo o lo micro influye o condiciona el desempeño de lo macro. Dicho de una manera distinta, existe un movimiento de interacción o diálogo que parte del individuo y se dirige hacia lo social, lo general y lo estructural. Pero dejemos que sea el propio Martín Tanaka el que nos explique en qué consiste esta compleja situación teórica denominada **individualismo metodológico**: *“Una aproximación al estudio de la realidad social que postula el tomar como unidad básica de*

análisis a los individuos y sus orientaciones con base en los cuales podemos llegar a agregados institucionales que puedan finalmente desarrollar lógicas supraindividuales...” (Ibíd.: 7).

EL INDIVIDUALISMO METODOLÓGICO

El individualismo metodológico (en adelante IM) es una corriente teórica que privilegia la dimensión individual y racional en la explicación de la conducta de los sujetos y los grupos sociales que discurre por tres campos de desempeño académico: **la teoría de la movilización de recursos, la teoría de la estructura de las oportunidades políticas y el enfoque cultural**. La primera corriente del IM surge en Estados Unidos en la década del setenta como crítica a los enfoques del comportamiento colectivo, se destacan en ella los investigadores J. McCarthy y M. Zald, quienes subrayan el concepto de **maximización de utilidades** a la hora de que alguien apadrine la decisión de involucrarse en cualquier clase de acción social. Para los cultores de la teoría, cada persona sondea lo más detenidamente posible el beneficio que pueda sacar de su participación, sin sopesar el bien que su presencia pueda facilitarle a la consecución de la causa común. El horizonte dominante en la participación social es la decisión personal guiada por el egoísmo, en contraposición del altruismo, medido por un estricto cálculo de costo/beneficio. Pero dejemos que sea la escritora argentina Marina Farinetti la que nos lo explique: *“El camino de la comunidad de intereses a la acción no es espontáneo; requiere de una voluntad empresarial. Digamos que los movimientos sociales se mueven con la lógica de una empresa en busca de clientes: procurando la identificación y ofreciendo incentivos”* (Farinetti, 2002: 64). Para otro representante de esta línea teórica y metodológica, el escritor Pedro Ibarra, la movilización de recursos viene acompañada de un concepto clave que especifica y aclara los móviles de la participación individual en cualquier acción social de inconformismo colectivo: **el conjunto de incentivos**, fundamentales a la hora de determinar si un individuo

pasa del descontento a la acción y son: colectivos y selectivos. En los colectivos la persona está convencida de que su participación es imprescindible para alcanzar bienes generales, en los selectivos el individuo estima que el movimiento social de protesta le confiere una serie de ventajas particulares al margen de los beneficios generales, bien sean de carácter material o social, como sentirse reconocido por el grupo (Ibarra, 1999: 10).

Precisamente, la diferenciación conceptual establecida en los móviles o incentivos del comportamiento social de los individuos, conduce a que Pedro Ibarra encuentre la explicación de la existencia de la figura del activista en un movimiento social, tipificado como un personaje que tiene una sensibilidad social más activada o un “plus social”, proveniente de una de estas posibilidades: a) deficiente socialización integradora en el sistema, b) socialización en ideologías disidentes al sistema y c) experimentación de agresiones estructurales por parte del sistema, como, por ejemplo, desempleo, o de la combinación de todas ellas (Ibíd.: 12). Aquí puede apreciarse que es un enfoque teórico liberal anclado en una relación contractual informal que toma en cuenta los elementos más internos del individuo para actuar en cualquier clase de relación social o comunitaria. La parte precede al todo es el planteamiento básico de esta teoría, planteamiento que sirve de soporte a cualquier investigación que quiera desentrañar los móviles “ocultos” o de bajo perfil en una explicación estructural mediada por las condiciones materiales de existencia. Eso es lo que debe observarse en actos de protesta en los que los participantes definen su participación, e incluso la intensidad de la misma, de acuerdo con la sensación que se tenga de la conquista de un activo personal en la acción.

La segunda corriente del IM también tiene de sede principal a Estados Unidos y son algunos de sus más destacados representantes: S. Tarrow, Charles Tilly (1929-2008) y Doug McAdam. El aporte de la corriente está orientado a comprender, citando a Tarrow, “el

motivo por el que los movimientos no aparecen solo en relación directa con el nivel de quejas de sus seguidores” (Farinetti, 2002: 64). La tesis principal de la estructura de las oportunidades políticas es que la movilización de un conglomerado social no solamente está determinada por elementos de índole individual y racional al calor de la ecuación costo/beneficio, sino que viene escoltada por el conjunto de oportunidades políticas de participación social y política ofrecidas por el sistema; es decir, la movilización social está directamente relacionada con la permeabilidad o receptividad del gobierno de turno en el sistema político vigente, sin pretender decir que la inexistencia de ese conjunto de oportunidades políticas elimine o impida la celebración de protestas y movimientos sociales; por el contrario, la experiencia histórica revela que las protestas y los movimientos en regímenes políticos cerrados o dictatoriales asumen formas radicales que son desarticuladas o lesionadas con tácticas represivas. Por lo menos eso es lo que sugiere la investigadora Margarita Favela al formular la hipótesis de que “*el sistema de instituciones y prácticas políticas que engloba el régimen autoritario reduce las oportunidades de participación política, debido a los estrechos canales institucionales de los que la gente dispone para influir en los procesos de toma de decisiones*” (Favela Gavia, 2002: 9) después de examinar el caso mexicano.

Las oportunidades políticas que facilitan y toleran las acciones sociales de inconformismo son clasificadas por la investigadora Margarita Favela Gavia en dos niveles: a) estructural, que comprende rasgos estables y permanentes, y b) coyuntural, rasgos inestables o volátiles. En el nivel estructural encierra cuatro factores: distribución institucional del poder, sistema electoral y de partidos, sistema de representación de los intereses y leyes e instituciones relacionadas con la vigilancia y control de las protestas. En el nivel coyuntural engloba cuatro pilares más: aliados, entorno electoral, élite y estrategia predominante hacia los movimientos sociales. Para cada factor estructural y coyuntural establece un aspecto que facilita o coarta los movimientos sociales (Cuadro 1).

Cuadro 1. Influencia de los elementos estructurales y coyunturales del sistema político sobre los movimientos sociales (MS)²

		Facilita los MS	Coarta los MS
Elementos estructurales	<ul style="list-style-type: none"> Distribución institucional del poder Sistema electoral y de partidos Sistema de representación de los intereses. Leyes e instituciones relacionadas con la vigilancia de las protestas Aliados Entorno electoral Elite Estrategias predominantes hacia los MS 	<ul style="list-style-type: none"> Distribución equilibrada del poder entre el ejecutivo, el legislativo y el judicial Estructura federal en la que el Estado y las autoridades locales gozan de autonomía relativa Sistema electoral basado en la representación proporcional. Registro de los partidos locales y regionales. Pluralismo Facilitan la negociación Disponibilidad de ellos Realineamientos electorales División Estrategia de integración, con énfasis en la negociación 	<ul style="list-style-type: none"> Centralización del poder bajo el dominio de uno de los poderes. Estructura centralizada, en la que las autoridades nacionales tienen el predominio. Sistema electoral basado en la mayoría (el gobierno se lleva todo). Registro solo de los partidos nacionales. Corporativismo Predominantemente represivas Carencia de ellos Estabilidad electoral Cohesión Estrategia de exclusión, con énfasis en la represión

(Favela Gavia, 2002: 97)

Pero así como el concepto de oportunidades políticas facilita la comprensión de la presencia de una serie de factores estructurales y coyunturales que agilizan el accionar de los inconformes, el investigador mexicano Mario Alberto Velásquez pone de presente la presencia consustancial de un concepto antagónico: **desventajas políticas**, para completar la

capacidad de análisis del concepto inicial. A su juicio, *“las desventajas políticas son las acciones... o situaciones que, de forma consciente o inconsciente, inhiben las acciones colectivas”* (Velásquez García, 2005: 45), ofreciendo la corrupción del gobierno y la laxitud de las leyes ambientales como ejemplo de desventaja que deteriora o golpea el desenvolvimien-

² La autora Margarita Favela comenta que el cuadro se elabora con base en los aportes de Della Porta, Kitscholt, Kriesi, Rucht y Tarrow.

to de los grupos y las redes que patrocinan la lucha ambiental. Otro aporte que vale la pena mencionar de este autor mexicano es el relacionado con la ampliación del espectro de los factores que delinear la formación de una estructura o coyuntura de oportunidades políticas, toda vez que incluye cuestiones culturales que desbordan los asuntos institucionales ya citados: partidos políticos, gremios, leyes, gobierno, etc. Lo que nuestro autor denomina cuestión cultural es “la disposición de ánimo en la sociedad” y tiene que ver con cosas como la receptividad o falta de interés de los medios de comunicación, la receptividad o la falta de interés del público en general. Hasta donde lo permite observar el autor, deduzco que deben tomarse en cuenta los estados emocionales o psicológicos de la comunidad como tal o escindida y organizada en un número indeterminado de asociaciones; pienso en gremios, ligas estudiantiles, ligas campesinas, sindicatos, ligas de inquilinos, sociedades de ornato y mejoras públicas, juntas civiles a favor de la construcción de servicios públicos, etc. Estado de ánimo que liquida, frena o posibilita la dinámica de las acciones de protesta porque desencadena bien sea oídos sordos a las demandas y quejas o una caja de resonancia que catapulte la acción; pensemos, en aras de la precisión, en la situación que viven en carne propia los integrantes del movimiento social ambientalista, una de las expresiones de los llamados movimientos sociales del fin del milenio o nuevos movimientos sociales, cuando marchan pidiendo el cierre de una industria que con sus desperdicios tóxicos contamina el medio natural y la fábrica es la responsable de la contratación de un grueso número de habitantes, encontramos que esa población no va a estar del lado de la protesta y tendremos un estado de ánimo adverso a la acción social o porque simplemente la gente pueda creer que los manifestantes son alarmistas y están armando una tormenta en un vaso de agua; de ahí que los cuadros directivos de un movimiento social no solamente tengan que pensar en la concientización de sus propios militantes, sino en el adoctrinamiento de la población en general. ¡Vaya tarea!

El individualismo metodológico es, en síntesis, un antídoto contra probables usos indebidos y excesivos del colectivismo, pues nos puede llevar a cometer el desliz de meter a la fuerza o a los empujones los acontecimientos reales en la teoría, cuando el orden lógico del discurrir investigativo es que tomemos los acontecimientos y establezcamos explicaciones sencillas sin la presunción de acomodarlos en sumarios esquemas de catalogación y caracterización estructural, que si bien no deben pasarse por alto, tampoco nos deben oprimir. Ese peligro ya es tangible en la historiografía nacional desde el siglo XIX cuando José Antonio Plaza plantea en el libro: *Compendio de la Historia de la Nueva Granada, desde antes de su descubrimiento hasta el 17 de noviembre de 1831*, publicado por la imprenta del Neogranadino en 1850, que la encomienda es una modalidad feudal, concepto que hará carrera hasta época reciente (Tovar Zambrano, 1982: 47) o la polémica terciada acerca de la caracterización de las relaciones de trabajo en las haciendas agrícolas y ganaderas del siglo XIX, en la que algunos concluyeron que eran fiel copia de las relaciones serviles europeas y otros respondieron que a pesar de la presencia de renta en especie y trabajo no daba para que se catalogara la sociedad colombiana de feudal, toda vez que las rentas eran conmutables y la tierra jamás se entregó en forma condicional y relativa o atada a la prestación de servicios de caballería (Ver Ocampo, 1998; Kalmanovitz, 1997).

El IM puede colaborarnos a cumplir la tarea de fijarnos con mayor detenimiento en los detalles, las minucias, las piezas o la letra menuda del libro de la acción social colectiva con miras a un ejercicio inductivo que arribe a lo estructural o lo macro, complementando la mirada que el colectivismo metodológico emprende desde lo estructural hacia lo particular; por eso creo, como José Antonio Noguera, docente investigador de la Universidad de Barcelona en el momento de la redacción del artículo: *¿Quién teme al individualismo metodológico?*, que el IM si ve el todo o lo global y no es incompatible

con los principios holistas³ del marxismo o el funcionalismo (Noguera, 2003: 102-115). Sin embargo, dejemos que sea el propio autor el que nos lo ponga de presente: "...*el IM sigue siendo compatible con la crítica de la dominación, la explotación y la alienación de los individuos en la sociedad capitalista o en cualquier otra...es perfectamente compatible con la tesis de que la gente (o mucha gente) sufre dominación, no es dueña de su destino o tiene una falsa conciencia...*" (Ibíd.: 118). La diferencia trascendental entre el IM y el colectivismo metodológico (en adelante CM), según el autor citado, recae en el punto de que el primero nos "aleja de las utopías emancipatorias...al hacer patente que nunca existirá una sociedad sin conflicto...sin desigualdades de algún tipo y sin infelicidad..." (Ibíd.: 118).

La tercera corriente del IM es el enfoque cultural, siendo el sociólogo italiano Alberto Melucci uno de sus más destacados cultores, quien parte de considerar, al igual que las dos corrientes anteriores, que los esquemas explicativos colectivos como el marxismo son insuficientes para revelar todos los aspectos y relaciones de los movimientos sociales que transitan distintas latitudes del mundo desde la segunda mitad del siglo XX, en medio de una sociedad postindustrial incrustada en la era de la información, en la que el conflicto entre trabajo y capital ha decrecido. El enfoque cultural pone de manifiesto que el CM no es el paradigma adecuado para caracterizar los nuevos horizontes programáticos de la acción social, denominados por el grueso de los investigadores del IM como Nuevos Movimientos Sociales (en adelante NMS), entre otras razones, porque en el nuevo contexto de desarrollo del capitalismo las distintas organizaciones que se han fundado para movilizar la gente alrededor de temas como: la defensa de los derechos humanos, el reconocimiento de los derechos de las mino-

rías étnicas y sexuales, el pacifismo, la defensa de los derechos de los inmigrantes de los países subdesarrollados en el espacio de las naciones desarrolladas, etc., no se ven como simples e inertes instrumentos en pos de la consecución de objetivos específicos, sino como una meta en sí. Eso es por lo menos lo que nos deja traslucir la exégesis que de la obra de Melucci hizo el investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana de México, Aquiles Chihu Amparán, al estimar que las organizaciones forman o invitan a la gestación y conservación de identidad que posibilita el establecimiento de relaciones sociales de integración y diferenciación entre sus miembros (Chihu Amparán, 2000: 82). Es, en otras palabras, algo así como un club, logia o fraternidad que los alimenta y les da sensación de pertenencia en el mundo que habitan. Por eso el autor insiste en afirmar que "*la participación en los nuevos movimientos sociales es considerada como un fin en sí misma*" (Ibíd.: 83), para rematar diciendo que las organizaciones lo que buscan ansiosamente es identidad y reconocimiento en lugar de recursos materiales.

Si las organizaciones que lideran las nuevas luchas sociales viven más a expensas de su propia existencia, de acuerdo con el planteamiento de Chihu Amparán, podemos colegir que allí está parte de la esencia del enfoque cultural, toda vez que el trabajo de sus líderes versa acerca de la creación y difusión, tanto de patrones conductuales como símbolos de reconocimiento, frente a los otros modelos de identidad social del mundo; una especie de sello distintivo o código de barras que los exalta y le permite a los involucrados sentirse que son parte de algo más grande, general e importante que los lazos de afinidad familiar o laboral; es decir, les deja a los involucrados en las organizaciones sociales la sensación de que son parte de algún plan. Lo dicho se puede en-

3 Holista, para José Antonio Noguera, es esa tendencia teórica que tiende a presentar la sociedad como una totalidad que consiste en algo más que la mera suma de sus partes integrantes o de los individuos que la componen.

tender más a la luz del ejemplo impartido por una de las líneas de los NMS, las organizaciones que lideran la lucha de las minorías sexuales, que desafían códigos éticos, convenciones sociales, esquemas jurídicos, posiciones institucionales, patrones identitarios, debido a la fuerte presencia compartida de un conjunto de elementos culturales de identificación y reconocimiento grupal. Así que para este autor mexicano, como para Alberto Melucci, las actuales nuevas movilizaciones sociales en el mundo entero jamás se podrían interpretar adecuadamente bajo la lupa de la movilización de recursos, esto es, del escueto cálculo de los costos y beneficios de la acción o de la existencia de una serie de circunstancias estructurales o coyunturales que proporcionan las condiciones óptimas para la protesta social. Es imprescindible tener siempre presente los factores emocionales o de pertenencia, factores innegociables (Ibíd.: 87).

Lo dicho alrededor de este enfoque cultural deja la sensación de que se trata de una línea mucho más individual y subjetiva que las otras dos anotadas en el cuerpo del IM, en cuanto a que se adentra aún más en el fuero personal recorrido por los sueños y las frustraciones; un mundo claramente tipificado por las emociones; un mundo en contacto íntimo con la psicología. El enfoque cultural revela una tendencia académica dispuesta a sumir el riesgo de acreditar el aporte y el peso de las explicaciones emotivas personales en el curso de los acontecimientos sociales colectivos y reducirle intensidad a los preceptos estructurales que articulan el comportamiento social a los condicionantes externos en los cuales se efectúan las acciones colectivas de inconformismo.

LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES (NMS)

Un tema que se ha tocado directa, pero tangencialmente, ha sido la diferenciación de las acciones sociales colectivas de protesta entre viejos y nuevos movimientos sociales,

de forma abreviada VMS y NMS respectivamente. La catalogación es un tópico investigativo relativamente reciente que ha ocupado de manera peculiar a los sociólogos del hemisferio norte. En Latinoamérica este interés ha tenido un eco significativo en México y Argentina sobre todo.

Estos NMS hicieron su eclosión entre las décadas del sesenta y el setenta del siglo pasado: ecologismo, feminismo, pacifismo, antimilitarismo fueron algunos de ellos. Ahora, recientemente, me refiero a partir de finales de los años noventa del siglo XX, viene mencionándose el movimiento altermundista o alterglobalista, que ha acaparado la atención del ojo escrutador de analistas españoles como Pedro Ibarra, perteneciente a la Universidad Autónoma de Barcelona; Roberto González y Oriol Barranco, ambos de la Universidad Autónoma de Barcelona; Noemí Bergantinos de la Universidad Politécnica de Valencia; Isabel Benítez y Esther Vivas docentes de la Universidad Autónoma de Barcelona; Sara López Martín de la Universidad Complutense de Madrid y Ramón Adell Argilés, profesor de la Universidad Nacional de Educación a Distancia de Madrid. Sin desconocer los valiosísimos aportes del destacado sociólogo alemán Ulrich Beck a propósito de la repuesta nacional a la globalización y a los peligros que acechan a la humanidad como efecto destructivo de la industria y que él denomina la sociedad del riesgo. Pero dejemos que sea el propio Ulrich Beck quien lo ponga de presente: *“la sociedad del riesgo es la época del industrialismo en la que los hombres han de enfrentarse al desafío que plantea la capacidad de la industria por destruir todo tipo de vida sobre la tierra”* (Beck, 2004).

De los autores españoles citados, sólo uno, Pedro Ibarra, se toma la molestia de escudriñar la validez instrumental e histórica del concepto de NMS; los demás parten de la conveniencia de aceptar la diferencia entre nuevos y viejos movimientos. Para empezar, este autor explica que los investigadores que avalan la distinción de los movimientos sociales en nuevos y viejos reconocen tres facto-

res característicos en los primeros: identidad, autonomía y globalidad. La identidad tiene que ver con la construcción de un sentido de pertenencia o una forma común de otear y entender el funcionamiento del mundo, o sea, "un grupo de personas que cotidianamente decide ver... la realidad de forma distinta a los demás" (Ibarra, 1999: 15). La autonomía es la exaltación del fuero individual o la soberanía individual frente a los poderes institucionales externos. La globalidad encaja en el boceto de que toda la humanidad funciona bajo una sola fórmula ética y de valores que no puede escindirse según sean las circunstancias o el medio en el que se desenvuelva el individuo; en palabras de Ibarra, este rasgo "rechaza la división misma del mundo entre lo público/político y lo privado/individual. Es decir, no acepta que exista un sistema de normas, valores y prácticas que guíen la vida pública, diferente al de la vida privada" (Ibíd.: 15). Factores inexistentes en los VMS, pues se apartan de la construcción de identidad colectiva, desentonan con la reivindicación de autonomía personal ante las instituciones y sólo quieren conseguir cosas concretas materiales. Sin embargo, Ibarra opina que debe adoptarse con cuidado esta interpretación de los movimientos sociales para no caer en la trampa del anacronismo. Cree que todos los movimientos sociales suelen presentarse con los factores definidos como nuevos: identidad, autonomía y globalismo, pero en etapas subsiguientes, de estabilidad o decadencia, estos factores se deterioran. "En consecuencia se puede afirmar que no hay distintos movimientos. Unos viejos y otros nuevos. Sino que todos los movimientos sociales pueden ser viejos o nuevos" (Ibíd.:15).

A escala mundial, entre todos los NMS el de mayor reconocimiento es el movimiento ecologista, surgido como consecuencia del desarrollo industrial de la década del sesenta que comenzaba a repercutir negativamente sobre el medio ambiente. Este movimiento es heterogéneo en su conformación doctrinaria frente a las relaciones entre sociedad y naturaleza. Existen al menos tres concepciones de esta relación, que son: "1) El dis-

curso conservacionista: considera la naturaleza y la sociedad humana como dos mundos separados y por tanto establece que se debe interferir en la naturaleza. 2) La ecología profunda: considera que la relación naturaleza-sociedad está sometida a un cierto dominio del hombre sobre la naturaleza. Así impulsa formas de vida anticonsumistas, antidesarrollistas... 3) La ecología política: establece que la naturaleza está al servicio de los hombres pero que no por eso debe o puede destruirse. Al contrario, propone la no degradación o destrucción de la naturaleza..." (Bergantinos e Ibarra; 2007: 115). En el ámbito nacional, me atrevería a creer que el mayor reconocimiento puede otorgársele al movimiento social por la paz, originado, obviamente, por esa pesada vorágine violenta atada a factores económicos, políticos e ideológicos que algunos autores atan a mecanismos estructurales y otros a una amalgama de mecanismos estructurales y coyunturales ligados con fuerzas sociales y políticas legales e ilegales que complicaron el mapa del enfrentamiento bipartidista heredado del siglo XIX y la lucha de clases de los años sesenta en adelante. El movimiento social por la paz viene desplegando, según el sacerdote jesuita Mauricio García Durán, cuatro estrategias generales de acciones a favor de la paz: *Estrategia 1. Educando: orientada a formar y concientizar a distintos sectores sociales a favor de la paz y la salida negociada del conflicto. Estrategia 2. Organizándose: orientada a la creación de organizaciones y redes que promueven el trabajo por la paz... estrategia 3. Actuando políticamente: busca a través de la concertación y creación de consensos socio-políticos incidir en el ámbito político en la búsqueda de alternativas para la paz... Estrategia 4. Protestando y resistiendo: esta estrategia busca luchar contra la violencia y presionar para la implantación de condiciones que favorezcan una alternativa de paz.*" (García Durán, 2005: 152).

CONCLUSIONES

El colectivismo y el individualismo metodológico son paradigmas teóricos localizados en extremos opuestos del espectro de la investigación que difieren en la concepción de

los factores o variables que pesan y condicionan la marcha y la explicación de los acontecimientos sociales. El colectivismo apunta en dirección de la categórica y trascendental importancia del factor estructural en la organización y realización de las acciones sociales de inconformismo colectivo. Un enfoque en el que prevalece la explicación macro sobre la interpretación micro o individual, a nivel emotivo y racional del acontecer social. Una interpretación en la que básicamente las personas son parte consustancial de un universo social que los modela y cuyas actuaciones o comportamientos individuales y grupales pasan por el retén de la estructura a la que pertenecen, ya sea porque quieren refrendarla o cuestionarla; una interpretación en la que el fuero individual no puede alzarse sobre la plataforma de la estructura que lo sostiene. La parte no puede estar por encima del todo.

El individualismo, por su parte, quiere destacar el contundente peso de la esfera individual en medio de la presencia de alguna clase de estructura; intenta mostrar que los individuos, así compartan una sociedad específica, pueden y de hecho deben asumir pautas de comportamiento que les permitan respirar y sentirse que cuentan porque no están perdidos en el todo. Esta es una de las razones por las cuales el individualismo se cuida de auscultar el mundo personal o interior recorrido por partículas psicológicas como: el egoísmo, el egocentrismo, el esnobismo, el narcisismo, el exhibicionismo, la identidad, la autonomía, etc. que afectan la conducta social. La vida colectiva y las acciones sociales presumen la valoración del micromundo individual y los avatares internos que tejen el carácter personal y psicológico de los grupos. Entonces, la explicación micro también cuenta en la interpretación de las acciones sociales. No todo se resuelve con una invitación recurrente a las condiciones externas en las que ocurren los fenómenos sociales.

Por otra parte, en medio de la contradicción entre colectivismo e individualismo parece aflorar una posibilidad teórica intermedia y

conciliatoria, el contacto e intercambio de métodos y conceptos, por supuesto, sin significar que podamos hablar de una convivencia armónica o que se puedan fusionar. Personalmente, soy amigo de la alternativa de partir de un enfoque rector estructuralista. Estoy convencido de la conveniencia de un análisis estructural que dirima las condiciones macro que dibuja los grandes rasgos del relieve social, pero también me suena la eventualidad de acudir a los elementos emotivos, racionales o psicológicos que amplíen el panorama de las acciones sociales y tengamos una visión más amplia de la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

ANDERSON, Perry. 1982. *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*. Siglo XXI Editores. México.

ARCHILA NEIRA, Mauricio. 2005. *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia*. CINEP/ICANH. Bogotá.

BECK, Ulrich. "La irresponsabilidad organizada". Ver <http://firgoa.usc.es/drupal/mode/4898>.

BERGANTINOS E IBARRA. 2007. "Eco-pacifismo y Antimilitarismo. Nuevos Movimientos Sociales y Jóvenes en el Movimiento Alterglobalizador". En *Revista de Estudios de Juventud 176*: 113-127. Madrid.

CHIHU AMPARÁN, Aquiles. 2000. "Melucci: La teoría de la acción colectiva". En *Revista Argumentos 37*: 79-91. México. Ver también en: <http://bidi.xoc.uam.mx/indexi.html>

FARINETTI, Marina. 2002. "La conflictividad social después del movimiento obrero". En *Revista Nueva Sociedad 182*: 60-75. Buenos Aires. Ver también en: http://www.nuso.org/upload/articulos/3088_1.pdf. (junio 2008)

FAVELA GAVIA, Margarita. 2002. "La estructura de oportunidades políticas de los movimientos sociales en sistemas políticos

cerrados: examen del caso mexicano". En *Revista de Estudios Sociológicos* 58: 91-212. México. Ver también en: [http://revistas,colmex,mx/revista.jsp?id_revistya=8](http://revistas.colmex.mx/revista.jsp?id_revistya=8)

FONTANA, Joseph. 1982. *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*. Editorial Crítica. Barcelona.

FOUCAULT, Michel. 2003. "Volver a la historia". En *Revista Veredas* 7: 7-19. México.

GARCÍA DURÁN, Mauricio. 2003. "Aproximaciones a un concepto de movimiento social por la paz". En *Revista Controversia* 18: 14-43. Bogotá.

———. 2005. "Repertorio de acciones colectivas en la movilización por la paz en Colombia 1998-2003". En *Revista Controversia* 18: 150-176. Bogotá.

IBARRA, Pedro. 1999. "¿Qué son los movimientos sociales?". En Elena Grau y Pedro Ibarra (Coord.). *Anuario de los movimientos sociales. una mirada sobre la red*. Editorial Icaria. Barcelona.

KALMANOVITZ, Salomón. 1997. *Economía y nación. Una breve historia de Colombia*. Tercer Mundo Editores. Bogotá.

NOGUERA, José Antonio. 2003. "¿Quién teme al individualismo metodológico?". Un análisis de sus implicaciones para la teoría social". En *Revista de sociología* 29: 101-132. La Rioja. Ver también en: <http://ddd.uab.es/pub/papers/02102862n69pid.pdf>. (junio de 2008).

OCAMPO, José Antonio. 1998. *Colombia y la economía mundial 1830-1910*. Tercer Mundo Editores. Bogotá.

RODRÍGUEZ SOLANO y GARCÍA, William. 1988. "la lucha cívica del Bagre: no todo lo que brilla es oro". En *Revista Foro* 6: 75-82. Bogotá.

ROUSSEAU, Juan Jacobo. 1996. *El contrato social*. Panamericana Editorial. Bogotá.

RUDE, George. 1979. *La multitud en la historia*. Siglo XXI Editores. Madrid.

SCHAFF, Adam. 1974. *Historia y verdad*. Editorial Grijalbo. México.

TANAKA, Martín. 1995. "Elementos para un análisis de los movimientos sociales". En *Revista Análisis Político* 25: 3-25. Bogotá.

TOVAR ZAMBRANO, Bernardo. "El pensamiento historiador colombiano sobre la época colonial". En *Anuario colombiano de Historia social y de la cultura* 10: 5-118. Bogotá.

VELÁSQUEZ GARCÍA, Mario Alberto. 2005. "Relación entre organización y movimientos sociales, redes y oportunidades políticas: los casos de la Red Nacional de acción Ecologista (Argentina) y la Red Nacional de Derechos a la Información Ambiental (México)". En *revistas Región y Sociedad* 33: 33-70. Ver también en: <http://lanic.utexas.edu/projet/etext/colson/33/2Mariovelsquez.pdf>. (junio 2008).